

JOAQUIN E. ROMERO

---

ARTÍCULOS

---

¡COBARDE!

JURAMENTOS DE AMOR.

DESILUSIÓN.

EL ÉXITO.

LA TARJETA.



¡COBARDE!



I

Las cabezas suavemente apoyadas sobre la blanca batista de las almohadas, las ropas del lecho revueltas y amontonadas á los pies, como turbulentas olas de un mar de encajes y de sedas, la luz tibia, opaca, filtrándose débilmente á través de los espesos cortinajes de las entreabiertas ventanas, envolviendo aquel nido de amores en una semi-oscuridad llena de misteriosos encantos.

Tenían las manos enlazadas, y sus



miradas erraban distraídas por las doradas molduras del lecho; ella, con los labios húmedos, los ojos brillantes, el rostro encendido con tintes violáceos denunciando un estado congestivo, y los cabellos en desorden, cayendo en menudos ricitos sobre su frente; la finísima camisa de raso mal cerrada, dejaba al descubierto un pecho terso, mórbido, alabastrino, con toda la blancura y transparencia del mármol y la exuberante vida de una naturaleza joven y robusta.

Los infinitos ruidos del exterior penetraban en la caldeada alcoba, como un rumor vago y confuso, semejante al que producen las olas en la lejana playa al chocar contra los duros peñascos de la costa.

Así hubiesen pasado muchas horas

insensibles y mudos, entregados al dulce y voluptuoso alhago de la pereza si el elegante reloj que decoraba la chimenea del gabinete inmediato, no les hubiera advertido con su fatal é implacable laconismo que acababan de dar las ocho de la mañana.

Aun no se habían perdido en el espacio las últimas vibraciones del sonido, cuando él, variando de postura, dijo con tono entre severo y risueño.

— ¡Ah! Luisa las ocho ya, unas cuantas horas de placer pasadas con la misma velocidad que unos cuantos momentos; con qué rapidez transcurre el tiempo si la felicidad nos sonríe. Dentro de un momento tendremos que separarnos, el tren llega á las nueve y tienes que regresar á tu casa para esa hora.



Ella saltó violentamente en el lecho al escuchar estas palabras de su amante.

—¿Qué has dicho?—respondió indignada.—¿Separarnos? nunca; yo me he decidido á faltar á mis deberes, porque te amo, porque tú constituyes parte de mi vida. Por tí, ingrato—prosiguió con tono de infinita amargura—he inventado la horrenda fábula de la enfermedad de mi hijo, haciendo cómplice de nuestro delito á aquel pobre inocente; y tú, lejos de agradecerme este sacrificio, me arrojas ahora de tu lado como á una mujer á quien se paga... Pero, no; no me iré, ¿crees por ventura que temo á las iras de mi esposo? al contrario, las provocaré si es preciso, para que nos encuentre jun-

tos y nos mate; ¡qué mayor dicha que morir á tu lado!

Hablaba con todo el fuego de una pasión vehemente, arrolladora, tanto, que Armando se estremeció al escucharla, él no era partidario de las mujeres románticas, porque suelen ser peligrosas, y ante la idea de que pudiera realizarse la amenaza de Luisa, sus espantados ojos, buscaban de antemano sitio seguro donde poder ocultarse.

Debió ella de leer en el rostro de su amante todos estos pensamientos de terror, porque lanzándole una mirada llena de humillante desprecio. le dijo con singular acéto:

—¡Cobarde!

Luego, arrojándose de la cama se sentó á los pies en una butaca, y



ocultando el rostro entre las ropas, comenzó á sollozar amargamente.

Cuando se hubo calmado un poco, volviendo hacia él los enrojecidos ojos:

—No temas—le dijo resignada—yo sola pagaré los consecuencias de mi falta; sigue tú gozando el amor de otras mujeres y cuando yo no exista dedica siquiera un recuerdo á la que supo sacrificar su vida por salvar la tuya.

Ya lo ves—prosiguió—estoy tranquila y no te recrimino, aunque pudiera echarte en cara tu cruel egoísmo, llamándote cobarde y miserable; pero, ¿para qué? te falta corazón y no me comprenderías.

Quedaron en silencio contemplándose, élla aguardando una frase cari-

ñosa, una protesta, cualquier cosa menos la glacial indiferencia; él, trémulo, aturdido, desconcertado ante la actitud de su amante.

De repente se escucharon en la escalera unos pasos precipitados y á poco sonó la campanilla agitada por una mano nerviosa.

—¡Ah!—gritó Luisa fijando una indescrípible mirada en Armando—ese que llama es mi esposo á quien he escrito confesándole la verdad, y viene á matarnos; á mí, por adúltera; á tí, por cobarde.

—¿Desdichada que has hecho?—dijo él sujetándola brutalmente por un brazo—no abras, aguarda siquiera que encontremos un medio de salvarnos.

Lucharon breve rato; por fin pudo



soltarse y corriendo á la puerta de la habitación, la abrió de par en par. Mientras Armando se ocultaba precipitadamente debajo de la cama, una voz de hombre decía en el gabinete inmediato:

—Dispensad, señorita, sin duda me he equivocado de cuarto.

. . . . .

Cuando Luisa volvió á la alcoba, Armando quiso decir algo pero no pudo, entonces ella, arrojándole la ropa que estaba en una silla junto al lecho, le dijo con acento en el cual se revelaba claramente el desprecio.

—Vestíos aprisa y salid inmediatamente, el caballero que acaba de equivocarse de cuarto al subir, pudiera equivocarse también al bajar y deseo estar sola...

## JURAMENTOS DE AMOR



### II

—¡Adiós!—se habían dicho al despedirse, élla con voz débil, casi imperceptible, como un suspiro arrancado del fondo de las entrañas; él trémulo, agitado, con los ojos llorosos y el cuerpo sacudido por convulsiones nerviosas.

Después... un silencio triste, interrumpido solamente por sollozos entrecortados, rumor de besos que el aire lleva, y á lo lejos se perciben; las gargantas secas, se niegan á articular



sonidos, y la luna que hasta aquel momento ha iluminado el cuadro, se oculta tristemente detrás de una nube; la noche, al quedar tan oscura, parece que también toma parte en este concierto de tristísimos sentimientos.

Por fin el amante se separa de la reja, los hierros y las plantas que la adornan están todavía mojados de lágrimas; unos pasos acelerados cruzan la calle y al propio tiempo, se escucha el ruido de una ventana que se cierra; el eco repite como un lamento triste aquel ruido.

\* \* \*

¡Pobres amantes! La suerte les ha separado para siempre quizá, y al despedirse, al juntar sus labios para

unir sus almas, de ellas ha brotado simultáneamente un juramento.

Dos ruiseñores que tienen el nido en la copa del almendro, cuyas hojas sirven de dosel á la ventana, cantan su amor en armoniosos trinos; ellos son felices, sólo la muerte puede separarlos.

Sin embargo, aquel juramento estará siempre grabado en el corazón de los amantes.

—¡Antes moriremos que dejar de amarnos!—se habían dicho, y estaban resueltos á perder la existencia primero que hacerse traición el uno al otro.

\* \* \*

Pasó un año; ¡qué cartas tan largas y tan cariñosas se escribieron en



este tiempo! todas ellas rebosaban amor inmenso, ternura infinita; él la daba siempre cuenta de todos sus proyectos, de la más insignificante de sus acciones, y al terminar le enviaba muchos besos, tantos... que á ser posible que todos ellos sonasen á la vez, bastaría su ruido para ensordecir á la humanidad.

Ella, lloraba sin consuelo al escribirle, en casi todas las palabras se notaban huellas de lágrimas, sus cartas también eran muy largas y muy expresivas, capaces de enternecer el corazón más insensible.

\* \* \*

Los grandes esqueletos de los árboles comenzaron á vestirse su verde ropaje, las flores abrieron sus cálices

perfumando el ambiente, la golondrina tornó de nuevo al nido abandonado durante el invierno, se secaron los arroyuelos y las primeras brisas del verano acariciaron dulcemente el rostro de la enamorada doncella.

Allá á lo lejos, al final de la carretera que conduce al pueblo, apareció un punto negro rodeado de una especie de niebla gris y espesa, poco á poco se fué percibiendo más distintamente el alegre sonido de los cascabeles, y la diligencia, cubierta de polvo, apareció á un recodo del camino, arrastrada por el galope de los poderosos tiros.

Las vacaciones habían vuelto á reunirlos.

Tres meses gozaron de las delicias de su amor; al cabo de ellos se sepa-



raron de nuevo y la escena de la reja volvió á repetirse.

\* \* \*

El estudiante ha terminado brillantemente la carrera, ya es médico y viene á ejercer su honrosa profesión al pueblo que le vió nacer; todos salen al camino á esperarle, todos quieren ser los primeros en felicitarle por su brillante éxito.

Llega al fin; pero no viene solo, una señora joven y elegante le acompaña; cogidos del brazo y conversando alegremente, se dirigen hacia el lugar.

La que acompaña al joven es su esposa; ¡ingrato! se ha casado en la Corte olvidando á la inocente lugareña á quien antes quiso.

¿Y ella? ¡Oh! ella... se había casado un año antes con el mozo más rico de la comarca.

Cuando por casualidad se encontraban en un lindero ó al volver un camino, se saludaban sonriendo sin recordar siquiera el tiempo pasado.

Aquel juramento que con toda la fe de sus almas se hicieron al separarse por primera vez, voló en alas del aire al salir de los labios, y fué á parar á aquel nido de ruiseñores que cantaban su amor en la copa del almendro.

Ellos se lo apropiaron y lo cumplieron; todavía se aman, todavía cantan todas las noches en el mismo sitio, como para dar una lección á aquel par de inconstantes y olvidadizos.



## DESILUSIÓN



### III

Yo la he visto ligera y vaporosa como una sílfide, dejando tras de sí un rastro de perfumes embriagadores, cruzar por delante de mí una tarde cuando ya se iban extinguendo en el horizonte los últimos resplandores del crepúsculo.

Las calles estaban casi cubiertas de lodo, y ella, con esa coquetería patrimonial de toda mujer bonita, se alzaba la falda para no mancharse los bajos, descubriendo un pie precioso,



menudito como una almendra, tan breve y tan perfectamente contorneado que como dijo Campoamor

...bien pudiera  
ocultarse en el cáliz de una rosa.

Las aceras cuajadas totalmente de transeuntes, ofrecían muy estrecho campo al paso ligero de mi desconocida, tanto que muchas veces, por esquivar encuentros bajábase al arroyo, á trueque de ser atropellada por los innumerables carruajes que se cruzaban en todas direcciones.

Yo, la seguía siempre y de una manera casi instintiva, parecía que su cuerpo estaba dotado de una irresistible fuerza de atracción, y apriisionando al mío le hacía impotente para sustraerse á tan extraño influjo.

¡Con qué gracia tan exquisita, con qué pudor tan sublime evitaba las flores que la dirigían, sin parecer apercibirse de ellas!

—He aquí—me dije yo contemplando tan precioso conjunto,—una mujer completa; bella como un ángel, modesta y recatada como una virgen, y graciosa como una andaluza; cuanto idealismo y cuanto sensualismo existen á la vez en extraño amalgamiento, en ese cuerpecito; yo creí que todo, todo, hasta la belleza, tenía sus límites, y sin embargo, la suya no los tiene, es hermosa como la más hermosa concepción de un artista, pudorosa como el sueño de una santa.

Y seguía siempre con su paso ligero y menudito; por un momento me



figuré no sé por qué, que iba á la iglesia, pero llegamos, uno en pos del otro, al templo de San Luis y pasó de largo, de repente la ví resbalar sobre las duras piedras de la acera y su cuerpo vaciló, hubiera venido á tierra sin la intervención de un guardia del Ayuntamiento que la sujetó por el brazo.

De un salto salvé la distancia que nos separaba y me coloqué á su lado, inútilmente, ya no necesitaba de mi auxilio.

Con una ligera inclinación de cabeza dió las gracias al que la había evitado la caída y prosiguió su camino, interrumpido un momento por el desagradable accidente.

Yo sentí algo así como una ráfaga de envidia hacia aquel hombre que

con sus groseras manos había profanado un cuerpo tan delicado.

La puerta del Sol es una inmensa Babilonia á las últimas horas de la tarde; obreros que han dado de mano á su trabajo, mujeres de vida alegre que acuden á aquel gran bazar, con objeto de encontrar un buen comprador á su mercancía, honrados burgueses que regresan á sus hogares después de haber dado un largo paseo; vendedores de periódicos que ensordecen con sus desaforados gritos; tranvías que circulan, coches que ruedan, allí se escuchan todos los ruidos en estridente é infernal concierto.

Ella, cruzó por entre aquel hervidero humano sin fijar la vista en nada ni en nadie, molestaron sus oídos al-



gunas frases obscenas de los abonados á las puertas del café Imperial, y se internó en la Carrera de San Jerónimo, deteniéndose un momento junto al escaparate de la Corona de Oro para contemplar un precioso bordado que acababa de ponerse á la venta.

Y llegamos por último á una callejuela sombría cuyo nombre no hace al caso, y, allí, después de vacilar breves instantes, se metió en un portal de regular apariencia, lanzándome al entrar una expresiva mirada.

Al pasar yo por delante del mismo portal, una vocecita dulce y melodiosa, me dijo desde el interior:— ¡Oye!

Me acerqué temblando, lo confieso, no por timidez si no porque presentía que iban á caer por tierra to-

das las ilusiones que de esta mujer me había forjado, y al acercarme, ¡oh desencanto! escuché de aquellos labios que yo había idealizado, de aquellos labios que á mi entender sólo podían entreabrirse para rezar ó decir cosas muy bellas, estas horribles palabras:

—¿Quieres subir...?

Me quedé como galvanizado y me alejé maldiciendo mi estúpido idealismo.